

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: El Sermón del Monte (parte 5)

(Mateo 5:43 - 6:10a)

(13 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.

© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Mateo 5:43-48

La opinión popular

“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo.” La primera parte de esta cita está basada en el Antiguo Testamento (Lv. 19:18). Pero la segunda parte *no* puede encontrarse en la Biblia. Jesús cita la opinión popular. El ciudadano medio en Israel estaba acomodado en su comportamiento con amigos y enemigos.

Hoy en día, cualquier persona común también puede cumplir esta norma. Y seguramente, en algún momento en sus relaciones, cada uno llega a un punto en el que dice: “¡basta!”. Y ya no llama a sus amigos, evita a sus vecinos antes estimados o incluso corta los vínculos familiares.

Se hace la pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” (Lc. 10:29b). Sabemos distinguir bien entre el “próximo” y el “más próximo”, y así dividir nuestros prójimos en grupos con diferentes expectativas. Con Jesús, sin embargo, sólo hay *un* prójimo presente. En cuanto a este, vale su requerimiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” A este orden, Jesús le atribuye la misma importancia que al “primero y más importante de los mandamientos” (Mt. 22:37-39, NVI).

Con su corrección de la opinión popular, Jesús contradice convicciones firmemente arraigadas: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen” (v. 44, NVI). Jesús coloca a los enemigos entre los prójimos. Aquí, con la palabra griega “ágape”, se alude al amor de Dios, la cual no distingue entre amigo y enemigo. Federico de Bodelshwingh sen. (1831-1910) estaba convencido: “No hay hombre sobre la tierra, a quien Dios no ama”.

Jesús nos enseñaba este amor incondicional de Dios. Su amor al prójimo no tenía límites. A Judas, su traidor, le preguntó: “Amigo, ¿a qué vienes?” (Mt. 26:50a). Pidió por sus peores enemigos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34a). Al final, Jesús murió entre sus enemigos – por usted y por mí (Ro. 5:6-11).



Día 2

Mateo 5:44

La manera del creyente

Los manuscritos bíblicos, transmitidos más tarde, citan el versículo 44 en forma ampliada, como en RV: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan (insultan) y os persiguen” (comp. Lc. 6:27,28). ¡Qué contradicción con nuestras costumbres humanas! Jesús espera que sus seguidores superen todos los patrones de conducta arraigados. La gente de su reino vive una nueva vida; la vida de las posibilidades divinas. Alguien dijo: “Ningún enemigo debe encontrar un adversario en vosotros”. No importa si nos maldice, nos odia, nos insulta o nos persigue.

Federico de Bodelshwingh jun. (1877-1946), como anciano, fue golpeado de repente en la cara por un enfermo fácilmente irritable, durante un recorrido por la residencia de discapacitados en Betel/Alemania. Sus compañeros en vano esperaron su reacción. Al cuidador responsable sólo le dijo las palabras impresionantes: “¡No hemos amado lo suficiente a este hermano!”

Amar al hermano, ¿qué significa esto en la práctica? Significa bendecirle, hacerle bien y orar por él.

- Bendecir significa poner al otro en la presencia de Dios, desearle y prometerle el bien de nuestro Padre celestial (comp. 1.Co. 4:12b; 1.P. 3:9).
- Hacer bien significa hacer algo bueno por palabras o por obra al prójimo - que quizás esté amargado -, aunque a nuestro juicio no lo “merece” (comp. Pr. 25:21,22; Ro. 12:17; 3.Jn. 11).
- La intercesión incluye más de una sola oración por el otro. Su nombre se repite continuamente ante Dios que puede ablandar a cada corazón (comp. Col. 1:9; 1.Ti. 2:1).

Estos son tres caminos de amor por los que debemos encontrar al prójimo hostil a la manera de Dios. Jesús nos lo ha mandado. Después ya no es asunto nuestro sino Suyo que el “enemigo” permita ser ganado o no. “Contribuid *vuestra parte* a vivir en paz con los demás hasta donde sea posible” (Ro. 12:18, trad. libre).

Día 3

Mateo 5:43-48

La manera de Dios

Hoy nos detenemos una vez más en las palabras de Jesús sobre el amor al enemigo. Constituyen la cumbre entre las nuevas normas (Mt. 5:21-48). Tal vez han provocado en nosotros resistencia o desánimo. Esto es comprensible, porque las normas del predicador del Sermón del Monte sobrepasan nuestra capacidad de amar. Son una afrenta para todos los “buenos”. Jesús quiere que sus seguidores amen de manera diferente, que amen “*de más*” (v. 47) – con amor divino.

Para ello necesitan siempre de nuevo el recuerdo: “El amor de Dios *ha sido* derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo” (Ro. 5:5b). Está como una cuenta de banco creada y disponible especialmente para nosotros. El “haber” está depositado en la “moneda” del amor divino. Lo podemos “retirar” pidiendo y agradeciendo con toda confianza. Así tendremos suficiente amor para nosotros y para nuestros prójimos, incluso para los complicados, en la vida cotidiana.

Amar de más significa amar de manera extraordinaria e inesperada. El amor divino “ágape” es un amor sin embargo. Ama a pesar de que la persona sea poco amable, se entrometa o no nos haga caso. “Si sois amables con vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis *de más*? ¿No hacen también así los gentiles?” (Mt. 5:47).

Amar a los amigos y a los hermanos – esto es lo común, es lo que todo el mundo puede hacer sin pedir a Dios. Pero los hijos del Padre celestial deben amar fuera de lo común, es decir, *de más*. Esto es lo que Jesús llama “ser perfectos como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (v. 48; comp. Ro. 5:8; Col. 3:14).

Los hombres que no le conocen al Padre celestial ni a su palabra, pueden ver su amor en la vida de sus hijos. De esta manera, Él quiere ser reconocido (lea Jn. 13:35). Manfred Siebald, en una canción, lo expresa así: “Seguro que no se sabrá quién eres, oh Dios, hasta que el amor con el que nos amas sea también nuestro amor”.



Día 4

Mateo 5:48

Perfecto

La declaración de principios que Jesús dio según la ley del Antiguo Testamento (vs. 17-48) culmina en las palabras: “Sed, pues, *vosotros* perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. No se trata de un objetivo ideal por el que debemos esforzarnos. Jesús sabe muy bien que el hombre nunca se ajustará a las ideas del Altísimo. Nadie puede pedir seriamente perfección al corazón vacilante y pecador del hombre. La perfección sólo es posible si somos hijos de nuestro Padre celestial (vea Ef. 4:13; He. 10:14).

“Un hijo es aquel que está en la íntima relación de vida con el Padre del que procede su existencia. Una persona así, en su carácter, está determinada por el Padre. En él se realiza el amor del Padre. Él es transparente para la acción de Dios, es portador de Su presencia y un instrumento del Todopoderoso. Esto significa el estado perfecto del hombre. El hecho de que la misma persona tenga muchos defectos y debilidades, no cambia este estado”*.

Si un excelente arpista toca su instrumento, se oye su música, aunque solamente se utilicen pocas cuerdas o se toque a bajo volumen. Se notan las restricciones del instrumento, pero se percibe inequívocamente que un maestro altamente dotado lo hace sonar.

“La perfección, de la que habla Jesús, no es la perfección del instrumento, sino la perfección del Maestro. Esta es la exigencia del Sermón del Monte: los discípulos deben tomar su carácter y los impulsos de su vida *de lo alto*. Ellos deben ser instrumentos en los que resuena la música del divino Maestro”*. Ellos son “los pobres en espíritu” (Mt. 5:3,6a).

Algunas frases que el apóstol Pablo anotó sobre el tema de la perfección para los cristianos de Filipos, nos pueden ayudar también a nosotros a situarnos bien (lea Fil. 3:12-16).

* según Ralf Luther (1887-1931), teólogo y autor de un diccionario del Nuevo Testamento.



Día 5

Mateo 6:1,5a

No por las apariencias, sino por el ser

El capítulo 6 nos hace pensar en un nuevo tema. Basándose en tres ejemplos de la práctica de la religiosidad judía, Jesús denuncia la hipocresía. No es la piedad en sí misma la que es reprobable, sino la falsa motivación.

Jesús llama a esas personas “hipócritas” que exhiben su fe como en un escenario. Para el “ser vistos”, en el texto griego figura una palabra estrechamente relacionada con el teatro. Pero vivir con Dios es algo muy personal; no soporta al público. Jesús encuentra palabras claras para reprobar la conducta de aquellas personas que con su vida personal de fe conscientemente están buscando ser alabadas. La impresión causada en los demás no debe ser relevante, ni al dar limosna (Mt. 6:2-4) ni al orar (Mt. 6:5-15) ni al ayunar (Mt. 6:16-18).

Sin embargo, la fe practicada en la vida tendrá, por supuesto, un efecto exterior. Antes Jesús había dicho a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo; la ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. ... Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:14,16). Jesús aclara que a sus seguidores sólo les debe interesar la gloria de Dios (lea Sal. 29:1,2a; 115:1; Is. 48:11b). ¿Cómo puede mi vida contribuir hoy a la gloria de Dios?

Jesús continua: “ ... de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 6:1b; comp. vs. 2b,5b y 16b). Esto es el peligro que corremos con una piedad que aspira al reconocimiento entre los hombres. El sueldo será pagado solo por aquel a quien nos dirigimos en verdad, sea el aplauso de la gente (que se agota rápidamente) o la recompensa del Padre. Con el último no se trata del pago de una cuenta, sino de “una retribución positiva que no merecemos y que va más allá de nuestra actividad terrenal” (Gerhard Maier). Nuestro Dios recompensa paternalmente (vs. 4 y 18b).



Día 6

Mateo 6:2-4

Donar sin interés concomitante

¿Cómo realizar las obras de justicia delante de Dios y no delante de los hombres, como Jesús lo exige en v.1? Ahora, Jesús da un primer ejemplo: “Cuando, pues, des limosna” Con “limosna” Jesús no relaciona la moneda a un mendigo o ropa de segunda mano o algo para despachar a un necesitado con el mínimo esfuerzo del donante. Jesús quiere decir algo completamente diferente. Él habla de una beneficencia verdadera para servir y ayudar al necesitado. Se trata de lo que sus discípulos practicaban naturalmente como miembros del pueblo de Dios (comp. Lv. 19:9,10; Dt. 15:7,8,11; Hch. 9:36).

Por lo tanto, Jesús no tiene que animar a sus discípulos a donar. Sin embargo, ahora está analizando con ellos *el motivo* de la acción. Con gran énfasis, examina la mentalidad con la que actúan. El riesgo de una motivación injusta parece ser lo mas grande en el caso de las obras de caridad. ¡También el que da algo, puede fallar la voluntad de Dios!

Por eso Jesús advierte: “Cuando des a los necesitados, no lo anuncies al son de trompeta” (Mt. 6:2a, NVI). Es muy sencillo: ¡No eches las campanas al vuelo! Hacer bien a los demás no es bueno con mucho ruido. Con eso es totalmente inapropiado provocar reconocimiento. Forma parte de la tragedia del hombre pecador que él quiere ser elogiado incluso cuando se trata de la miseria o de la carencia del otro.

Jesús da un consejo ilustrativo: “Si das algo a alguien, no digas a tu mano izquierda lo que hace tu derecha. Da en silencio” (v.3 y 4a, trad. libre). No es solo otra persona que no necesita saberlo. Ni siquiera tú mismo eres tolerado como espectador de tus buenas acciones.



Día 7

Mateo 6:5-8

Orar en la presencia de Dios

La piedad diaria judía incluía, además de la caridad practicada públicamente, la oración pública. Hasta hoy, por ejemplo, se practica en Jerusalén, en el llamado Muro de las Lamentaciones. Puesto que había horarios fijos para la oración (comp. Hch. 3:1), los que querían observarlos concienzudamente mientras estaban en camino, utilizaban la calle como lugar de oración.

No es esta práctica de oración la que Jesús reprocha. Él también oró públicamente (Jn. 11:41,42). Una vez más se refiere a la actitud en el fondo de su corazón de los orantes: “Cuando ores, no seas como los hipócritas, porque ellos *aman* el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, *para* ser vistos de los hombres”. Una vez más, Jesús señala el peligro de la demostración de devoción. “La oración personal es un encuentro entre el que ora y Dios. Quien ora se retira de la presencia de los otros hombres y entra en la presencia de Dios”. (John Oswald Sanders, 1902-1992).

“Pero tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto” (v.6a, NVI). Tal cuarto o aposento (RV) también puede estar en medio del ruido del mundo y en medio de la gente. Martín Lutero dijo: “Un cristiano no está obligado a ningún lugar y puede orar en todas partes ... Porque un cristiano siempre tiene el espíritu de oración consigo ... Por lo tanto, no siempre es necesario ir a un cuarto y encerrarse, aunque está bien que uno esté solo cuando quiere orar, porque puede ser libre y sin estorbo para presentar su oración a Dios.”

Ciertamente, nuestra oración no depende del lugar. “No os apartéis de la oración por nada (ni siquiera por la falta de soledad). Dad gracias a Dios en toda circunstancia” (1.Ts. 5:17,18a, trad. libre). Sin embargo, además de la conexión constante con el cielo, necesitamos también el tiempo previsto para la conversación en silencio con el Padre celestial, como lo tenía Jesús (lea Mr. 1:35).



Día 8

Mateo 6:7,8

Pedir como un niño al padre

Hablar con Dios en la oración es lo más personal y sagrado en la vida humana. Debe ser protegido de todo abuso. Además de la práctica de oración de los hipócritas, Jesús advirtió de la costumbre de los gentiles: “Piensan que serán escuchados cuando hablan *muchas palabras*”. ¿Qué idea del carácter de Dios dirige a esa práctica de oración? Ciertamente no la de un padre amoroso, para quien no cuenta la cantidad de palabras, sino la confianza de sus hijos.

Tampoco las repeticiones continuas, como en un molino de oración, convencen al corazón de nuestro Dios. “Vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mt. 6:8). Él conoce nuestras alegrías y nuestras dificultades y tristezas. Siempre tiene en mente lo que su hijo *necesita*.

David lo ha reconocido: “Señor, me conoces hasta el fondo. Ya sea que esté sentado o parado – tú lo sabes. A la distancia sabes lo que pienso. ... Toda mi vida es familiar para ti. Incluso antes de empezar a hablar, ya sabes lo que quiero decir. ... La idea de que me conozcas tan bien está más allá de mi entendimiento” (Sal. 139:1,2,3b,4,6a, trad. libre).

Ahora bien, si nuestro Padre celestial está siempre bien informado de como nos va y de qué necesitamos, ¿para qué más le pedimos? Pensemos en nuestros padres terrenales. Todo buen padre se alegra cuando su hijo, por supuesto, se acerca a él y le pide algo, sin sopesarlo a fondo. La relación entre padre e hijo se realiza por hablar y pedir con confianza. Imaginemos a un niño que evite decir a su padre lo que necesita. ¡Algo anda mal en esa relación! Más bien, el Padre celestial nos invita: “No os preocupéis por nada, sino orad por todo. Decid a Dios lo que necesitéis y dadle gracias” (Fil. 4:6, trad. libre). Santiago nos hace saber que a Dios le gusta dar (lea Stg. 1:5).



Día 9

Mateo 6:9-13

Jesús enseña: 1. Orad al Padre celestial

El evangelista Lucas hace saber a sus lectores que Jesús enseñó el Padrenuestro en respuesta a un pedido de sus discípulos: “Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos” (lea Lc. 11:1-4). La oración que Jesús dio a sus discípulos como una guía o modelo, es también conocida como “la oración del Señor.” Jesús quería llevar a sus discípulos a la conversación directa y personal con el Padre celestial. El Padrenuestro puede hacer puente en este proyecto.

A la mujer junto al pozo de Jacob, Jesús le explicó que la oración debe hacerse “en espíritu y en verdad” (Jn. 4:24). Jesús envió el Espíritu Santo a sus seguidores en la primera fiesta de Pentecostés como asistente y consolador, y para apoyarles en la oración con el Padre que está en los cielos. Pablo escribe con franqueza: “que hemos de pedir como conviene, no lo sabemos”, y luego añade alentadoramente: “pero el Espíritu mismo intercede por nosotros” (Ro. 8:26b).

Sin embargo, el Padrenuestro no es una oración obsoleta. No se puede sustituir, porque él establece los puntos de referencia que deben determinar la oración de la cristiandad. Ya el tratamiento “¡Padre nuestro que estás en los cielos!” indica a los cristianos *con quién* pueden hablar y *a quien* pueden exponer sus deseos.

Si el destinatario no está definido correctamente, un mensaje no puede ser entregado. En el cielo hay sólo uno que realmente oye por qué estamos afligidos, y éste es el Dios viviente, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. “Él que hizo el oído, ¿no oirá?” (Sal. 94:9a; comp. 1.R. 18:30-39). Quien confía en Jesús, puede dirigirse a Dios con “Abba”, que es “Padre o Papá” (Ro 8:15). A tal Padre le gusta escuchar los asuntos de sus hijos. Quien quiera abrir su corazón, tiene en Él la única idónea persona a contactar (lea Sal. 62:9).



Día 10

Mateo 6:9; Éxodo 20:7

Jesús enseña: 2. Honren a Dios y a su nombre

Con la primera petición del Padrenuestro, Jesús pone a su Padre celestial en el centro como el Dios único e inconfundible: “Santificado sea tu nombre”. “Nombre” aquí significa persona. El Dios de la Biblia no es un Dios anónimo. Walter Luethi (1901-1982) dice: “Dios se responsabiliza por su nombre de todo lo que hace, deja y dice” (lea Sal. 23:3b; 31:3; 106:8; 109:21). “Santificar” quiere decir quitar su nombre del uso ordinario y cotidiano y tratarlo de manera especial.

¡Cuántos abusos e insultos y cuantas maldades se hacen con nombres! En éste trato, el nombre divino no es una excepción. Se desfigura en palabrotas o se agota en frases irreflexivas. Su sentido original está encubierto.

Al leer la Biblia, descubrimos muchos nombres diferentes de Dios, tales como “el Todopoderoso”, “el Creador”, “Señor de los ejércitos”, “el Eterno”, “Mi Roca”, “Dios de todos los dioses”. Cada nombre ilumina un pequeño fragmento de su ser. Sin embargo, todos los nombres juntos no son suficientes para evaluar la naturaleza de Dios.

Él se reveló a su pueblo Israel con el nombre de Yahveh. La traducción más conocida es: “Yo soy el que soy” (Éx. 3:14). Jesús abrió un poco el telón delante de la naturaleza de su Padre, ilustrando el inmenso “Yo soy” en palabras figuradas. Jesús dice de sí mismo “Yo soy ... “ (Jn. 6:35; 8:12; 10:9,11; 11:25; 14:6; 15:5). Quien ve a Jesús, ve al Padre (comp. Jn. 14: 9).

El propósito de la primera oración del Padrenuestro es que los cristianos, con su oración, contribuyan a honrar al Dios vivo y a su nombre. ¿Cómo puedo yo llevar esta petición a la práctica? Quiero dirigirme a Dios de manera consciente y respetuosa, no irreflexiva o de paso; quiero alabarle y adorarle con cantos; quiero vivir de tal manera que Él pueda poner su nombre, como firma, bajo todos mis hechos y todas mis palabras (Col. 3:17).



Día 11

Mateo 6:9,10a

Jesús enseña: 3. Dad prioridad a los asuntos de Dios

La oración que Jesús enseñó es una oración breve y concreta. Oswald Sanders la compara con un modelo en miniatura. Está en contraste con la “palabrería” que Jesús había reprendido antes (Mt. 6:7). Ni una palabra está demás. Cada una tiene un profundo significado. Ya el llamado “Padre *Nuestro*” apunta a un asunto importante. Este nos saca de la soledad en nuestro aposento (Mt 6:6) – la cual también tiene su tiempo y su valor – y nos introduce en la comunidad mundial de los seguidores de Jesús.

Helmut Thielicke (1908-1986) habló de “la oración que rodea el mundo”. Buscamos en vano palabras como “yo, mi, a mí”. El orante debe entenderse como miembro de una gran familia unida por la fe. Un Padrenuestro que pronunciamos conjuntamente - por ejemplo, durante el culto con representantes de varias naciones - supera los límites de nuestras diferentes procedencias y lenguas. Nos conduce a la gran extensión del reino de Dios. ¡Cuánto se preocupaba Jesús por la unidad de sus seguidores (Jn. 17:21; comp. 1.Co. 12:12-14)!

Después de que el tratamiento “Padre Nuestro” nos llevó al corazón de Dios, se suceden siete peticiones. Su orden pone de relieve la ponderación de las preocupaciones. El reino de Dios y sus intereses están en el principio. La segunda parte trata de las necesidades humanas. De este modo, Jesús pone de manifiesto uno de sus principios más importantes: “Buscad primeramente el reino de Dios y la justicia de Dios, y luego os será dado todo lo demás” (Mt. 6:33, trad. libre).

Un orden similar de precedencia con ponderación divina se puede encontrar en la estructura de los Diez Mandamientos. Los primeros mandamientos (Éx. 20:2-11), que contienen temas esenciales acerca de nuestra relación con Dios, son llamados la “primera tabla”. Todos los demás mandamientos forman la llamada “segunda tabla” (Éx. 20:12-17). Ellos tratan de los temas de Dios para nuestras relaciones humanas terrenales.

¡Lo que es de importancia eterna tiene prioridad!



Día 12

Mateo 6:10a

Jesús enseña: 4. Orad por la venida del reino de Dios (1)

La palabra “reino” puede ser malinterpretada. Pensamos en los imperios de la historia antigua o reciente, cuyos gobernantes imponían su poder de manera violenta, incluso anti humana. En la actualidad, también conocemos sistemas totalitarios. Vemos gobiernos que carecen de programas convincentes o de personalidades confiables.

Los cristianos tienen la responsabilidad de orar por su país y sus políticos (1.Ti. 2:1-3). ¿No hemos omitido esto ya muchas veces? Todo el gobierno humano está compuesto de muchos compromisos imperfectos. Muy diferente es el caso del reino de Dios, por cuya venida los cristianos deben orar.

Veamos el término “reino” en el texto griego original. La traducción literal del término “basiléia” es el reinado del rey. El reino de Dios es el ámbito en el que Jesucristo, “Señor de señores y Rey de reyes” (Ap. 17:14), ejerce su dominio, donde se hace su voluntad, y donde su justicia y su amor son determinantes. Hasta ahora, este reino es una magnitud oculta. “Mi reino no es de este mundo”, aclaró Jesús en su interrogatorio ante Pilato, un representante del Imperio Romano (Jn. 18:36a). Aún hay que *crear* en su existencia.

Helmut Thielicke compara el reino de Dios con un edificio en construcción, cuyos cimientos se colocan profundamente en la tierra. Está creciendo lentamente desde el suelo. Una valla de protección lo esconde de las miradas curiosas. Sólo el ruido de las máquinas y del trabajo de los constructores se oye aquí y allá. Esto demuestra que aquí se está trabajando, se está construyendo un nuevo edificio. Pero un día, la valla delante del edificio será quitada. Entonces todo el mundo podrá ver el resultado. Acerca del reino de Dios se dice: “Han llegado ya la salvación y el poder y el reino de nuestro Dios; ha llegado ya la autoridad de su Cristo” (Ap. 12:10).



DÍA 13

Mateo 6:10a

Jesús enseña: 4. Orad por la venida del reino de Dios (2)

El reino de Dios – el reino de los cielos – no es solo un reino futuro. Su inicio tuvo lugar cuando Jesús vino a la tierra (comp. Mt. 3:2; 4:17; Lc. 10:8,9). Desde entonces, se está extendiendo por todo el mundo. Dondequiera que la gente se deja invitar por el evangelio y se somete a Jesús y a su reino, éste ya está presente (Lc. 17:21).

Pablo cita los puntos esenciales de esta nueva mentalidad: “El reino de Dios no es cuestión de ciertas comidas o bebidas, sino de lo que el Espíritu Santo consigue: justicia, paz y gozo” (Ro. 14:17, trad. libre). La comida y la bebida forman parte de las necesidades humanas básicas, así como el dinero, la ropa y el hogar. Todos estos asuntos deben ser gobernados en el reino de este mundo. Pero este es temporal. Por eso entre los cristianos, estas cosas deben mantenerse subordinadas a las necesidades del reino de Dios, que es eterno. Si podemos confiar en este orden de Dios, podemos sentir un efecto libertador en cuanto a nuestras preocupaciones.

Aquellos que quieren pertenecer al reino de Dios buscan más. El mundo terrenal es demasiado pequeño para nosotros. Justicia, paz y gozo resplandecen ante nosotros desde el mundo de Dios. Sólo desde allí, como obras del Espíritu Santo, pueden llegar a nuestras vidas.

“La justicia que viene de Dios”, Jesús la hizo alcanzable para nosotros al morir en la cruz y al resucitar (Ro. 1:17a, NVI; 3:21). Quien acepta este don, ya tiene la ciudadanía en el cielo (Fil. 3:20; Ef. 2:19). Los que son obsequiados por Jesús con su justicia (1.Co. 1:30) transmitirán la paz de Dios en las contiendas de este mundo (Mt. 5:9). El efecto será la alegría.

Al pronunciar la segunda petición del Padrenuestro, contribuimos a que el reino de Dios se establezca entre nosotros (comp. 1.Co. 4:20).


